



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Schutz, Gabriel

Tea time

Contribuciones desde Coatepec, núm. 9, julio-diciembre, 2005, pp. 133-165

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28150908>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System

Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal

Non-profit academic project, developed under the open access initiative

Tea time

GABRIEL SCHUTZ¹

A Lorena García,
por su bondad,
por su amor

A

Difícilmente alguien como Héctor Brentano, soltero, 41 años, trece de ellos consagrados a la administración de Metier & Co., 110 kilos de humanidad y 30 cigarrillos diarios, hubiese entrado jamás por voluntad propia en un lugar como aquél: un salón de té de paredes color limón, vidrios biselados y otro sinfín de detalles irritantemente afeminados. Cuáles hayan sido las razones que le condujeron allí es cosa que no quedará enteramente dilucidada. El hecho de que se desplomara contra la ventana del salón es apenas un dato, pero no agota la pregunta. Decir, de otro lado, que Héctor se ha desmoronado jadeante, presintiendo la muerte en el sudor frío y el desanudarse de sus rodillas, que esto quizá haya sido en parte consecuencia de su despido de Metier & Co., acaecido 20 minutos atrás, o del sobrepeso y el tabaco, o de todo ello, nada dice acerca de por qué se ha desplomado justo allí.

Todo lo que sabemos es que sus dedos crispados resbalan al intentar adherirse a la ventana del salón, que del otro lado del vidrio y las huellas declinantes un hombre fuma y lo mira curiosamente, sin perder la calma, sin incorporarse en su auxilio, apenas observándolo y largando humo por la boca, y que este gesto burlón del destino conjura en Brentano un último resto de dignidad, apocado pero suficiente como para impulsarlo en un acceso de náusea hasta el interior del salón, donde, esta vez sí, cae estrepitosamente.

¹ Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: gabriel.schutzgmail.com

Da pena contemplarlo, desparramándose viscosamente del asiento, la camisa empapada, la barba babeada, los ojos tiesos, atravesados de horror, y una sucesión irregular de gemidos lastimeros, un coro de almas en pena que parecen provenir de otro mundo. La muchacha que lo ha arrastrado a duras penas hasta la silla le desabrocha violentamente el último botón de la camisa. “Tranquilo, tranquilo, todo va a estar bien”, le susurra mientras estrecha la cabeza del pobre Héctor contra su pecho, acariciándolo y dándole golpecitos, y él rompe a llorar como un niño, tiembla y se retuerce, sintiendo como si de un vacío sordo, de una nada y una arcada hubiese brotado un ejército de espasmos furiosos, resueltos a desgarrarle cada víscera y cada tejido.

El hombre que ha ayudado a transportar a Héctor hasta la silla ha regresado a su mesa. Mira, asiente, sonríe, bebe su té sin prisa. El que fuma contra la ventana se ha volteado a fisgonear con la misma impertérrita expresión, el mismo cadencioso ir y venir del cigarrillo a la boca. Nadie luce perturbado, salvo Héctor, cuyo cuerpo, piensa la mujer, parece querer estallar en mil pedazos. Entonces lo estrecha con mayor fuerza y vuelve a susurrarle al oído: “Tranquilo, Héctor, tranquilo, es sólo un momento. Resista, todo va a estar bien”, y el temblor empieza a decrecer, los espasmos retroceden, Héctor comienza a sentir que la vida regresa a su cuerpo después de una largo extravío.

El mundo sigue allí, aún lo sostiene, aún lo conserva. El mundo ahora tiene la textura suave del algodón, la temperatura de un cuerpo que lo arropa, la urgencia de una mujer que sabe su nombre y vela por su bienestar. “Ah, no es tan malo”, se dice, la abraza y da un largo suspiro de alivio, escuchando sus latidos, los de él, los de ella, cuyo rostro aún no se anima a mirar, no sabe bien por qué, si por sentir que jamás conseguirá retribuirle, o porque prefiere permanecer un rato más entre los brazos que lo han sacado del infierno, o por la vergüenza de haberle manchado la ropa de mocos y lágrimas. Hasta que al fin despega el rostro del pecho y alza los ojos húmedos con una pregunta que no consigue pronunciar.

La mujer no debe tener más de 20 años. Pero hay algo en su expresión, una especie de aplomo, casi de dureza, que la hace parecer mayor, como si estuviese acostumbrada a lidiar con situaciones dramáticas. Héctor hubiera preferido encontrarse un rostro ligeramente desencajado, una expresión que dijera que también ella participaba por primera vez de una circunstancia tan extrema, que también ella se había emocionado con lo que acababa de suceder. En cambio, parecía como si la mujer le estuviese dando una bienvenida que estaba habituada a dar. ¿O eran ideas suyas? Pero las manos, el pecho, los brazos, allí palpitaba otra cosa, una especie de... ¿amor maternal?, no importaba qué, algo que lo había sostenido sin vacilar, amorosamente, cuando todo zozobraba. Quería agradecer-

le, preguntarle quién era y cómo sabía su nombre, pero no tenía voz ni fuerzas para hacerlo.

—Le traeré una taza de té —dijo ella, tomándole las mejillas. Héctor alcanzó a agradecerle con un pestañeo pesado. En otras circunstancias, la habría seguido con la mirada, habría escudriñado su andar, sus hombros, sus nalgas, pero ahora sólo podía apoyar la cabeza contra la pared, mirar el techo y suspirar. ¿Qué había sucedido? ¿Cuán cerca había estado? Sentía el cuerpo adolorido, exánime, algo aterido, el rastro de un frío que no se animaba a recordar por miedo a convocarlo. ¿Estaría también frío el aire? Miró a su alrededor. La mayor parte de las mesas estaban vacías. Sólo había dos hombres nunca vistos: uno fumaba contra la ventana del salón, el otro leía el periódico. Nadie parecía haber reparado en él; nadie parecía tener frío. La mujer lo distrajo de sus pensamientos:

—Tome, beba. Le hará bien —dijo y apoyó la taza humeante sobre la mesa.

—Gracias —pudo decir Héctor esta vez—. De veras le agradezco que haya estado conmigo.

—Lo sé —repuso ella apretando una sonrisa—. Ahora trate de respirar hondo.

—Sí.

Miró la taza, acercó la nariz, aspiró el vapor. Nunca había sido afecto al té. Le parecía una bebida para convalecientes. Bueno, qué mejor dadas las circunstancias. No olía mal, pero tampoco parecía té. A simple vista más bien parecía café con leche, o leche con café. Ah, claro, debía ser té con leche. ¡Té con leche: qué asco! En fin, no podía ser tan malo, y además no era un té con leche cualquiera, era el primer té con leche que bebería en su vida, presumiblemente el último, y por otra parte, un té con leche traído hasta él por las mismas manos que lo habían mantenido sujeto a la vida o algo así, al menos eso le parecía a Héctor.

Apenas si tenía fuerzas para levantar la taza y llevársela a la boca. Prefirió inclinarse y acercar los labios, como un animal abrevando en una cañada. Realmente no olía mal y era reconfortante sentir el vapor caliente en el rostro. Miró un poco avergonzado hacia el costado: el hombre del periódico lo miraba fijo y expectante, pero no bien advirtió que había sido sorprendido, hizo un gesto nervioso, un gesto de estupor y disculpa, y simuló hundirse nuevamente en la lectura. Héctor se hundió a su vez en la taza. Dio un sorbo discreto, casi tímido, unas pocas gotas en los labios, en la lengua. Se detuvo a degustar. Era como si las gotas proliferaran hasta inundar el paladar entero, luego el esófago y el vientre; al punto eran oleadas que corrían hasta las extremidades, como si cada tejido pudiese saborear y sentir el gozo reservado al paladar, y ya era una marea tibia creciendo a lo largo y ancho de su cuerpo, vivificándolo de un modo inusitado, como un baño por dentro, limpiarse y perfumarse cada célula, cada átomo de ser, porque

todo, hasta el último resquicio, parecía rebrotar con aquel rocío lechoso y desconocido, del que apenas había probado Héctor un par de gotas y al que volvía a acercar los labios, arrobado y sediento. Y sediento, no porque estuviese insatisfecho, no: no era ésta una sed circunstancial, era una sed atávica, como la sed del errabundo que ha regresado a su tierra tras largo exilio. Sí, bebe Héctor, bebe, ya no inclinado, como un rumiante, ahora lo hace vigorosamente, las manos sujetando la taza como un cáliz, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta hacia el cielo, recibiendo la última gota. No le importan el hombre del periódico ni el otro tipo, no dejará de limpiarse las comisuras con el dorso de la mano, de lamer ruidosamente el último resto de néctar porque alguien desaprobe sus modales; en cualquier caso, apenas es conciente de que hay algo más en el mundo que su cuerpo y su taza de té. Ahora la apoya con un gesto triunfal sobre el platillo y da un rugido fenomenal, cualquiera diría que el hombre está teniendo un orgasmo, o que el cosmos lo está teniendo a través de él, de esas contorsiones rugientes, que acaban al fin con un suspiro exánime. “Oh, Dios mío, Dios mío”, musita Héctor y se mesa el cabello hacia atrás, y los dedos descienden por su cuello, acarician el pecho y el vientre, como si recorriesen el cuerpo de la mujer amada.

Pero no ha reparado en que algo sucede más allá de sus narices, en verdad, más allá del mostrador del salón de té (apenas si recuerda que está en un salón de té, un lugar inverosímil para un tipo como él). Recién ahora toma conciencia del episodio que parece estar teniendo lugar. La mujer cuchichea algo con otra que acaba de traspasar una puerta blanca, seguramente la puerta que separa la cocina del salón; la primera parece regañar a la segunda, pero no se alcanza a ver bien qué sucede, de hecho Héctor apenas puede ver a la mujer que presuntamente ha salido de la cocina. Lo que parece bastante claro es que la que le ha traído el té hace un instante conmina a la otra a regresar a su puesto en la cocina, y que la otra se siente avergonzada, como si reconociese alguna acción impropia, porque enseguida traspasa cabizbaja la puerta y desaparece. Pero entonces Héctor ve que la ventanita circular de la puerta blanca, a la que hasta hacía un instante no había prestado atención, probablemente porque sólo dejaba ver una superficie vagamente grisácea, que esa ventana se llena súbitamente con el rostro de la mujer regañada. Sí, es ella, puede verla con una claridad aplastante, como si estuviera apenas a unos centímetros de él y no hubiesen ni vidrio ni puerta ni nada. No la mira como quien contempla un bello paisaje: la mira como si conociera cada detalle de su rostro, cada destello de sus ojos llenos, cada cabello negro y cada dibujo de su piel, como si supiese exactamente de qué está hecha aquella mujer. (Y si esto se le antoja misterioso, no lo es más que cualquiera de las cosas que le han sucedido hoy desde su despido de Metier & Co.) También ella lo mira inten-

samente y hasta parece estar diciéndole algo, palabras que se vaporizan contra la superficie fría del vidrio, mejor así, una ligera opacidad: Héctor no habría tolerado una visión tan intensamente diáfana, tan directamente bella, con un algo trágico, no el vidrio en sí mismo, este vidrio, ahora, sino su significado, un algo invisible que los separa y que los ha de separar para siempre, exactamente a partir de ahora, ahora que la otra mujer se apura a llegarse hasta la puerta de la cocina para acabar de una vez con todo.

B

Han pasado tres días desde la tarde en que Héctor Brentano fuera despedido de su puesto, orgullosamente desempeñado durante trece años. En estos tres días, Héctor no ha hecho otra cosa que dormir, despertar intermitentemente para beber un poco de agua, recordar un cierto sueño sobre una mujer y una taza de té, y volver a caer dormido. Cuando al fin se incorpora, decidido a no regresar a la cama hasta la noche, piensa en su vida en Metier & Co., en los informes que se agolpaban cada fin de mes, en las horas extras impagas, en el desdén con que fue corrido de allí, y por primera vez considera que su despido puede ser el comienzo de una nueva vida. A fin de cuentas, cobrará una buena suma de dinero, tendrá algún tiempo para considerar qué hacer con su futuro, en fin, se dará un respiro. “Mal no me va venir”, se dice y al hacerlo le parece como si hubiese algo más que debiera recordar, un motivo adicional para este optimismo, confortante pero algo extraño en él.

El espejo le devuelve una imagen menos lamentable de la que habría predicho; luce algo más delgado, no mucho pero algo, y advierte una cierta lozanía en su piel y como una vivacidad en sus ojos. Camina, se rasca, siente un apetito más bien abstracto, y ya prefigura el desayuno, café con leche, huevos, medialunas, un cigarrillo con el segundo café, cuando siente un ligero acceso de náusea que le dice que debería dejar de fumar y de tomar café. Sí: no más café, no más cigarrillos. En adelante, té. Té con leche, por qué no. Experimenta un curioso entusiasmo por esta pequeña variación en su vida, café por té, porque de la otra, la cancelación del tabaco, no puede estar demasiado cierto hasta comprobar que los días pueden pasarse sin humo. Le parece bueno que la primera actividad de su nueva vida, ya sin Metier & Co., sin informes ni jefes, sea ir hasta el almacén más próximo a comprar unos cuantos sobres de té. Le parece como si en ese pequeño cambio estuviese cifrada la clave de un cambio mayor. Mira el reloj: las 11 de la mañana. Ahora estaría detrás de un escritorio, recibiendo órdenes, deseando ya llegar a casa y todo para que, una vez llegado a casa, una vez comprobada la

ausencia de mensajes en el teléfono, se dijese que estaría mejor en la oficina. Ya no más de eso; ahora té con leche.

En el dormitorio, la camisa del último día de trabajo está colgada sobre el respaldo, los puños aún remangados, y el saco tirado en el piso, todavía con la plaqueta corporativa brillando en la solapa: “Héctor Brentano / Jefe administrativo”. Le parece descubrir algo en el hecho de que la insignia enseñe su nombre, pero no sabe bien a bien qué, y tampoco le importa. Toma el saco, desabrocha el alfiler, extrae la insignia y la parte al medio: suena como si hubiese roto una cadena.

Se viste con pants que hace tiempo esperan su estreno y al fin sale. Prefiere las escaleras al elevador: nueva vida.

A su regreso, viene cargado con un par de bolsas. Una de ellas está repleta de sobres de té, de distintas variedades; la otra, de cajas de leche descremada. ¿Por qué té comenzar? No tiene la menor idea, nunca ha sido afecto al té, siempre ha pensado que se trata de una bebida para convalecientes. Bueno, qué mejor dadas las circunstancias: puede tomarse las licencias propias de un convaleciente mientras acopia fuerzas para proyectar un nuevo rumbo. Estudia las cajas con los sobrecitos. Unos tienen nombres de hierbas y otros, nombres de fantasía. “Viva la fantasía: *Early Morning Tea*, aunque ahora no sea ni muy *early* ni muy *morning* (por algo es fantasía). Bien, entonces es una temprana mañana y yo soy, soy un señor de bata y pantuflas, que vive en una casa victoriana, y cuya bella esposa trae una tetera de porcelana. ¿Cómo será mi esposa? Será así: tendrá un largo cabello negro, un cuello espigado, casi frágil, unos ojos oscuros, algo melancólicos, y una ancha boca de labios carmesí. Tendrá una voz dulce y me dirá: ‘Querido, ¿ya deseas tomar tu taza de té?’. ‘Oh, claro que sí, querida. Ven, siéntate un instante con el buen Héctor’. Un perro labrador vendrá corriendo alegremente desde el jardín y todo esto será la nueva vida de Héctor Brentano Armendia, un ser feliz que alguna vez extravió su alma entre pilas de papeluchos infames, llenos de números insignificantes destinados a engrosar los bolsillos de Míster cara de sapo, facineroso mayor de Metier y compañía (y malas compañías), Dios los hunda en la miseria, amén.

“Bien, a qué dedicaré mis horas, mis horas libres como las de pocos hombres en el mundo, ¿eh, cara de sapo? ¿Qué sugieres? ¿El informe? Oh, es una verdadera pena, querido, aún no he bebido mi taza de té. ¿Podrías esperar, por favor? Soy una persona ocupada, tengo muchos asuntos que atender. Por ejemplo, ahora que ha hervido el agua debo concentrarme en hundir el sobrecito, ¿lo ves? Es ésta una actividad que un espíritu vulgar como el tuyo jamás comprenderá. Ve a Japón, si deseas aprender algo de esto; mi despido puede pagar tu pasaje.

Ahora soy un hombre libre, ¡un hombre libre! Y justo ahora, señor cara de sapo, es preciso que se retire, pues ya ve, aún no me he servido mi chorro de leche en la taza de té, ¿lo ve? Dicen que la leche es muy buena para los huesos. Claro, usted no sabe de huesos, eso es cosa de criaturas superiores en la escala biológica. Hay muchas cosas que usted no sabe, señor cara de sapo. No sabe, por ejemplo, la cantidad innumerable de veces que he fantaseado con estrangular ese cuello, si así se le puede llamar al anillo de grasa que une su mentón con el resto de su vulgar humanidad. Lo sé, lo sé, no es que yo sea un atleta, pero ya verá, ya verá cómo el viejo Héctor vuelve a ser aquel temible número nueve, asolador de vallas, goleador implacable. Y cuando la prensa, ese puñado de pusilánimes, desee saber el secreto de mi olfato ofensivo, ¿sabe qué les diré? Les diré: ¡té con leche! Primera plana en los diarios del mundo, la *Twinings* y la *Lipton* quitándose los ojos por auspiciar mi camiseta número nueve, exactamente como usted le ha quitado los ojos a tantos otros, ¿lo recuerda o es preciso que ayude a su memoria? Sí, aquel incidente en el que hubo que ‘arreglar los numeritos’ y otros tantos, otros tantos señor cara de sapo. Y entonces lo miraré arder en el infierno, sentado aquí, en mi butaca púrpura, de piernas cruzadas, bebiendo mi taza de té, con el bueno de Aquiles, mi perro, echado a mis pies, moviendo la cola de tanta felicidad. ¿Quiere un trago, señor cara de sapo? Oh, no, no le concederé semejante virtud. Siga usted revolcándose en el fango. Sin embargo, para que vea que no le guardo rencor, le relataré, en la medida de mis modestas posibilidades, cómo es que sabe esta nueva infusión, que representa mi nueva vida, la vida de un hombre libre. Veamos: mmhh, no está mal, no está mal. ¿Pero por qué me parece que podría estar tanto mejor, como si ya fuese yo un experto del té con leche? ¿Podría usted decírmelo, señor cara de sapo? Por supuesto que no. ¡Querida! ¿Qué sucede con el té? Recuerdo que algunas otras veces, tal vez alguna otra vez que mi memoria ahora no consigue evocar, acusaba un sabor excelso. ¿Cuál es tu secreto, querida? Dímelo, dímelo: entre tú y yo no hay secretos. Te amo, te amo sin reservas, tú lo sabes. ¿Recuerdas el día en que nos conocimos? Tú estabas detrás de ese vidrio oval, ¿o era circular? ¿O era... ?”

Entonces Héctor queda paralizado. Todo lo que acaba de decir le resulta irreconocible, como si las palabras hubiesen manado de la boca de otra persona, pero en cambio la imagen, la imagen del rostro de una mujer de largos cabellos negros, tras una ventana circular, le parece más suya que nada. Es claro que él no es el señor de bata y pantuflas, que no hay perro llamado Aquiles, que él no tiene mujer ni ha tenido una en los últimos quince años. Pero ese rostro, ese rostro y esa ventana, ¡y el té! Sí, el té con leche. Estaba equivocado al creer que nunca antes había saboreado una bebida así. ¿Pero cuándo? ¿Dónde? ¿Y qué relación había entre la mujer y el té?

Va hasta el espejo del botiquín, en el baño. Se estudia detenidamente. Algo ha cambiado. ¿Qué? Intenta recapitular lo que ha sucedido desde su despido. No consigue recordar el trayecto de regreso a casa. Casi se atreve a apostar que algo ha sucedido en ese lapso, algo que lo ha transformado por completo, que le ha devuelto vigor, alegría, esperanza. Recuerda vagamente despertar y volver a dormir, y el sueño, claro, el sueño con esa mujer y esa taza de té. ¿Era un sueño? “Dios santo, me estoy volviendo loco”, se dice horrorizado. Y enseguida: “Debo buscarla, aunque me vaya la vida en ello”.

C

Esa tarde se la pasó buscando rastros y haciendo anotaciones. No encontró demasiado. Había hablado con sus compañeros de trabajo, por teléfono, pero no sabían decirle nada acerca de adónde había ido él a parar después de ser despedido. Ninguno de ellos lo había acompañado hasta su casa o hasta algún otro lugar. Entonces fue hasta el dormitorio, revisó la ropa que llevaba el día del despido, en busca de alguna pista. Nada. En el bolsillo de la camisa: un paquete de cigarrillos que le resultó repulsivo. Notó que faltaba el último botón. No recordaba ese detalle, más bien tenía bastante presente la imagen de la mañana del despido, antes de ir a la oficina, abrochándose la camisa frente al espejo, incluido ese botón, y anudándose luego la corbata. Pero era raro: le parecía que el tipo que se había anudado la corbata era casi otra persona. ¿O es que todo se debía al hecho de haber podido dormir tres días casi seguidos? Tal vez no había nada misterioso que averiguar, sólo se trataba de un descanso reparador que le había devuelto las fuerzas y el entusiasmo, perdidos hacía mucho tiempo. Sí, era más razonable suponer esto. Pero por otro lado: ¿cómo explicar ese monólogo de la mañana? ¿Cómo explicar la repulsión al cigarrillo y al café, y ese entusiasmo casi absurdo por el té con leche, que siempre había aborrecido, aun antes de haberlo probado? ¿Y la mujer? ¿Y el vidrio circular? ¿Sólo un sueño? Daba tanta pena pensar que había sido apenas un sueño. Además, no era sólo un rostro, era algo más, como si la conociera desde siempre, como si supiera de qué estaba hecha aquella mujer. ¿Un sueño permitiría una cosa así? “No, no. Yo amo a esa mujer”, se vio diciendo en voz alta, y otra vez esa extrañeza respecto de sus palabras, esa extrañeza paradójicamente ya familiar, que no podía obedecer a un monólogo o unas pocas horas de un día extraño, que tenía que de alguna manera tener mayor historia.

Decidió ataviarse como el día del despido. Se miró en el espejo por tercera vez. Nada, ninguna pista. Desalentado, apoyó la cabeza contra la superficie, dejando que su frente se refrescara un instante. Tomó distancia y volvió a mirarse,

pero su aliento había empañado una parte del espejo. Entonces lo presintió de nuevo: ella, su rostro tras una nubecilla de vapor, sí, en alguna parte, en alguna puerta con una ventana redonda, claro, y ella lo mira, y él la mira a ella, y algo sucede, algo que interrumpe la escena, una mujer, una mujer antipática pero a la que él debe respeto por alguna razón, una mujer que ha hecho algo bueno por él, algo realmente bueno. ¿Qué? ¿Qué! ¿Qué puede ser tan bueno que excuse haber interferido aquel cruce de miradas? ¿Qué es lo bueno que han hecho por él para que ahora se sienta tanto mejor? ¿Cuál es el signo oculto de este renacer? De este renacer... Té con leche. Ella, ¡sí! Le dijo, le dijo: “Tome, beba. Le hará bien”, ahora lo recuerda. Y él, ¿él estaba dónde? ¿En un salón de té? ¿Él?! ¿Y cómo fue a dar a un lugar así? Tal vez ahora podría ir sin oponer resistencia. Pero el tipo que se había anudado la corbata aquella mañana, ¿podía él ir por voluntad propia a un salón de té? No, de ninguna manera. Alguien tuvo que haberlo arrastrado hasta allí. ¿Quién? Era absurdo

Decidió buscar salones de té en las páginas clasificadas de la guía telefónica. Ningún nombre le sonaba siquiera vagamente familiar. Pensó que, de haber ido a alguno, tendría que tratarse de uno próximo a su trabajo, o al menos, uno de camino a casa. Descartó todos los que no observaban ese requisito, pero todavía tenía ocho posibilidades ante los ojos y quizá ninguna fuese la correcta. Resolvió telefonar. Si del otro lado lo atendía la voz que le había dicho, “Tome, beba. Le hará bien”, la reconocería al instante. Tenía presente aquella voz.

Ninguna de las personas que lo atendieron en los cuatro primeros teléfonos acusaba el timbre que él recordaba. En dos casos, se trataba de hombres; en los otros dos, de mujeres malhumoradas. El quinto lugar tenía buenas chances: no había nombres, ni siquiera un teléfono impreso en letras de molde. Decía: “Salón de té” y al costado un número escrito a mano, no por él, por supuesto, quizá por un funcionario de la empresa de avisos clasificados, que había recibido a último momento el dato del teléfono y se había visto en la obligación de escribirlo a mano, uno por uno. Marcó el número y antes de que sonara dos veces, escuchó que del otro lado le decían:

—Héctor, ha olvidado su portafolio. Venga, por favor, a retirarlo.

Era la voz de la mujer que le había ofrecido la taza de té, no cabía duda. ¿Cómo sabía su nombre? ¿Y por qué le parecía que esta situación de escuchar imprevistamente su nombre le era conocida?

—Oiga, necesito saber la dirección.

—Ya sabe la dirección, Héctor. Deje que sus piernas lo traigan. No hay manera de perderse. —Y colgó.

Héctor estaba completamente aturdido. Había demasiadas preguntas y todo indicaba que nunca habrían de ser respondidas satisfactoriamente. ¡Pero pronto la vería! Sí, a ella. “Estoy llegando, querida, estoy llegando”.

D

No había errado la mujer al decirle que sus piernas conocían el camino. Sin embargo, no fue fácil dejar que las piernas caminasen por sí solas. En cada momento se detenía a especular si para aquí o hacia allá y no conseguía desembarazarse de esa deliberación mental. Decidió taparse los ojos con una venda, disimularla con un par de lentes oscuros, hasta donde fuese posible, y hacerse pasar por ciego. Se apostó en medio de la calle, agitando un bastón blanco que había improvisado, a la espera de que alguien lo ayudara. De golpe, sintió que lo tomaban por el brazo y empezaban a caminar con él, sin pronunciar palabra ninguno de los dos.

—Llegamos —escuchó que le decían, al cabo de unas cuadras—. Lo ha hecho bien. Ahora camine derecho y habrá ingresado. No se quite la venda, por favor; no hasta que lo conduzcan a su mesa.

Héctor obedeció y a los pocos pasos sintió el relevo de otro brazo que lo conducía hasta un asiento. Le quitaron los lentes y la venda.

—Voilà! —dijo la mujer. Y entonces todo se hizo claro. El salón de té de paredes color limón, el señor que leía el periódico, el hombre que fumaba contra la ventana, la puerta blanca con la ventana circular.

—¿Cómo sabe mi nombre? —se apuró a preguntar Héctor.

—Lo vi escrito en el saco que traía el otro día.

—Eso puedo imaginarlo. ¿Pero cómo supo que era yo cuando llamé hace un momento?

La mujer se retiró y volvió con el portafolio.

—Me tomé la libertad de mirar su agenda para conocer sus datos, su teléfono, sobre todo.

—Pero fui yo el que llamé.

—Sí, tiene razón. Quizá debería haberlo llamado yo. Estaba a punto de hacerlo, pero no sabía si no estaría usted descansando, después de todo por lo que tuvo que pasar.

—¿Qué tuve que pasar?

—¿No lo recuerda?

—No. Recuerdo su voz: “Tome, beba. Le hará bien”.

La mujer se ruborizó.

—Se sentía usted muy mal. Yo sólo le traje una taza de té.

—Con leche.

—Con leche.

A Héctor le pareció que la mujer tenía ojos de ardilla.

—Pero no me ha contestado: ¿Cómo supo que era yo el que estaba llamando, si yo no llegué a decir nada?

—Ah, eso —dijo ella, haciendo un gesto que intentaba restarle importancia a la pregunta—. Bueno, no hay muchas personas que llamen aquí. Por otra parte, hace algún tiempo decidimos instalar un identificador de llamadas. ¿Quiere una taza de té, Héctor?

—Con mucho gusto.

La mujer se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el mostrador, pero Héctor volvió a inquirir:

—Oiga...

La mujer se detuvo, volteó a mirarlo.

—¿Sí?

—Por qué se interpuso el otro día.

—¿Me interpuso? ¿A qué me interpuso?

—A que la mujer de la cocina y yo nos miráramos.

—Bueno, ya sabe, no es buena cosa que el personal se distraiga.

La naturalidad con que respondía a todo era casi irritante.

—Quisiera verla, si no es molestia —dijo Héctor con firmeza.

—¿Por qué mejor no se espera a que le traiga su taza de té?

—No, preciso verla. Ahora.

—De acuerdo, en ese caso le diré que usted desea verla.

—Le agradezco —dijo y le pareció como si sus sospechas hacia la mujer ojos de ardilla fuesen totalmente infundadas—. Creo que le debo gratitud por alguna otra cosa, pero no lo recuerdo.

—No se preocupe, no es nada importante.

Héctor la siguió con la mirada hasta que ella ingresó en la cocina. Se perdió de vista, tras la ventanita, dando paso a aquel paisaje circular vagamente gris y luego la vio reaparecer nuevamente, primero tras la ventana, luego abriéndose paso toda ella con una taza de té humeante. Caminaba hacia él, sonriéndole cordialmente, pero con un cierto profesionalismo que denunciaba la impersonalidad de su gesto.

—Aquí está su té, Héctor.

—Gracias —dijo y le ayudó a colocar la taza sobre la mesa—. ¿Cómo se llama usted?

—Carmen.
—Gracias, Carmen.
—De nada.
—¿Le dijo a la mujer de la cocina que deseo verla? —inquirió.
—Sí.
—¿Qué dijo ella? —preguntó entusiasta.
—Ella habla poco... Pero sonrió.
—¿De verdad sonrió? —Parecía un niño.
—De verdad.
Héctor sonrió.

Se tomó un tiempo antes de beber el té con leche. Miró a su alrededor. Todo permanecía invariable. El hombre del periódico leía, el otro fumaba. Era extraño que no hubiese nadie más, nadie menos, nadie distinto. En fin, qué importaba. Se detuvo a observar el lugar. El color de las paredes se le antojó apropiado, no sabía bien por qué o en qué sentido *apropiado*. No le era preciso decirse que cuatro días atrás habría aborrecido aquel color chillón, pero ahora, ahora todo parecía ser distinto, distinto y mejor. Y mejor no preguntar.

Se llevó la taza de té a los labios y entonces recordó que la vez pasada había experimentado algo completamente extraordinario, no podía evocar bien qué, algo que le había prodigado un gran bienestar. Probó lleno de expectativas la nueva taza, un par de gotas en los labios, en la lengua, casi podía presentir un portento. Saboreó, esperó un instante. Ahora le parecía recordar haber experimentado como una inundación de una sustancia vivificante; esta vez no sucedió nada ni remotamente parecido, qué desilusión. Este té le parecía un té más, nada especial, no demasiado distinto del té con leche que él mismo se había preparado en su casa. Evocó el soliloquio de la mañana, cuando le preguntaba a su esposa por qué el té sabía distinto esta vez. Y entonces recordó de nuevo el rostro tras el vidrio, lo recordó con perfecta vivacidad y miró, pero no había nadie.

Pasaron los minutos y las horas. Uno fumaba y el otro leía, y Carmen se torneaba el cabello con los dedos, entraba en la cocina, salía. Nunca sonaba el teléfono. Héctor decidió hablarle.

—Carmen —la llamó y enseguida la vio venir, risueña y ligera.
—Dígame —repuso ella con su habitual sonrisa.
—¿Es que nunca va a salir de la cocina?
—No lo sé. Depende de ella.
—¿Podría entrar yo, ya que ella no sale?
—Lo siento, nadie ajeno al personal puede entrar en la cocina.
—¿Por qué no.

—¿Usted me dejaría entrar en su cerebro, hurgar en sus pensamientos?

—Tal vez —dijo él y se sonrió.

—Tal vez alguna vez yo le consienta entrar en la cocina.

—No va a comparar la intimidad de un cerebro con la intimidad de una cocina, ¿o sí?

—La cocina es el cerebro de nuestro salón.

—Carmen, hágame el favor. ¿Qué secretos tan íntimos puede abrigar una cocina?

—¿Por qué ha vuelto aquí? —preguntó ella intempestivamente.

—Por mi portafolio.

—No me mienta. ¿Por qué ha vuelto?

Héctor permaneció un instante en silencio, estudiándola. En su frialdad se adivinaba una inteligencia invencible.

—Usted gana —dijo al fin—. Vine por la mujer que vi el otro día tras la ventana de la cocina.

—Eso ya lo sé. ¿Pero vino nada más que por ella?

—¿Le parece poco?

—Me parece una parte de la historia, no toda.

—No sé qué decirle. Todo esto es muy extraño para mí. No sé cómo llegué aquí, no sé tampoco qué sucedió.

—Llegó aquí hecho un estropajo. Yo lo ayudé a reanimarse. Le traje una taza de té que usted bebió con mucho entusiasmo —dijo y soltó una risita. El hombre del periódico miró hacia la mesa y sonrió con complicidad—. Creo que es también por eso que ha vuelto.

—¿Ah, sí? Cuénteme, cuénteme, por favor. Tengo la sensación de que ese té me produjo algo extraordinario, de que era de una especie completamente distinta, pero no lo recuerdo con precisión. Creo que tuvo un efecto muy reparador en mí. ¿Por qué este té que me ha traído hoy me sabe tan normal?

—Probablemente porque hoy no está tan necesitado de una taza de té. Una muestra de color azul, por sí sola, le puede parecer deslucida. En cambio, la misma muestra, al lado de otra amarilla, quizá le parezca deslumbrante. ¿Lo ve?

—Seguramente tenga usted razón.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó Carmen, y otra vez esa cordialidad consabida.

—No, gracias. Ya debo irme. ¿Cuánto le debo?

—Déjelo así, Héctor. Ahora debe descansar. Además, dice usted que el té de hoy no ha sido de su agrado. No es justo cobrarle a un cliente insatisfecho.

—No, no, usted ya ha hecho demasiado por mí. Deje que le retribuya con algo, por favor.

—En otra ocasión —dijo Carmen y levantó la taza de la mesa—. Que tenga un bonito día, señor Héctor.

Héctor la vio voltearse y caminar hacia el mostrador. La ventana circular enseñaba el mismo paisaje baldío. Decidió acercarse a echar un vistazo. El hombre que leía el periódico lo escudriñó; cambiaron gestos de reconocimiento.

—¿Qué se le ofrece, señor Héctor? —preguntó Carmen sin siquiera voltear a mirarlo.

—Se me ofrece ver a la mujer que trabaja allí dentro —repuso, señalando hacia la cocina.

—Lo siento, no depende de mí.

—Claro que sí. ¿No me dijo hace un momento que no era buena cosa que el personal se distrajera?

—Sí.

—Bien, entonces es usted quien dispone si el personal se distrae o no. Se lo pido encarecidamente, Carmen, deje que el personal se distraiga cuando más no sea un minuto. ¿O es que acaso tiene tanta clientela como para no permitirle salir un segundo a hablar conmigo?

—No es eso, Héctor. No hablaba de esa clase de distracción. Lo siento, no puedo decirle más. Es preciso que se vaya ahora mismo.

—No me iré hasta verla.

—Muy bien. En ese caso, si desea, puedo llevarle a su mesa una taza de té.

—¿A qué hora cierran?

—Nunca.

—¿¡Nunca!?

—No, nunca. Vivimos aquí. Éste es nuestro hogar. Nunca le cerramos las puertas a los que quieren beber una taza de té.

—De modo que nunca.

—Así es. Nunca.

—Imagino que la señorita que quiero ver tampoco sale nunca de la cocina.

—Imagina bien.

—¿Y por qué salió en aquella ocasión?

—Deslices propios de una persona joven.

—¿Ella es más joven que usted?

—En un sentido, lo es; en otro, no.

—Nunca va a contestar directamente a mis preguntas, ¿verdad?

—Le estoy contestando tan directamente como puedo.

—¿Quién tiene más años: ella o usted?

—La verdad es que las dos hemos vivido ya tanto, visto tantas cosas, que podría decirse que no hay demasiada diferencia. Ella es más ingenua, eso es todo.

—¿Qué tanto pueden haber vivido? Ninguna parece tener más de 20 años.

—Ahora hay cremas faciales muy buenas. Puedo recomendarle algunas, si lo desea.

Héctor sintió que su paciencia comenzaba a agotarse. Consideró que lo mejor sería irse antes de perder por completo los estribos. Volvería mañana, o en unos días, con algún plan.

—En fin, ya es tarde. Debo irme. Déle mis saludos a la señorita, ¿sí?

—Claro que sí, señor.

—Hasta pronto, Carmen.

—Hasta pronto.

Salió furioso a la calle. Había una densa niebla; apenas si podía ver la puerta que había dejado atrás. No sabía dónde estaba. Decidió esperar un taxi. De paso, preguntaría dónde se hallaba para poder regresar al salón de té sin necesidad de hacerse el ciego. Esperó una media hora, en vano. No había un alma, no pasaba un solo coche. Hacía frío y de golpe sintió ganas de encender un cigarrillo. La vida té con leche le parecía ahora una fantochada. Empezó a caminar sin rumbo, con tal de calentarse un poco. Caminaba y mascullaba y se restregaba las manos, y todo yacía embozado por la bruma.

Habría ya deambulado unos 20 minutos, quién sabe cuántas cuadras, hasta que reconoció el almacén donde había comprado los sobres de té en la mañana. Caramba, ya casi estaba en casa. Le alegró comprobar que las piernas lo habían guiado.

Ingresó en su departamento, comprobó los mensajes. “Usted no tiene mensajes nuevos.” Después de todo, quizá nada había cambiado demasiado.

E

Héctor Brentano amanece con apetito y ganas de fumar. El espejo le devuelve una imagen más lamentable de la que habría predicho. Las ojeras han reaparecido, la piel ha perdido la flamante lozanía que ostentara un día antes. Camina pesadamente hasta la cocina, ve los sobres de té apilados parsimoniosamente. Le parecen una burla, medicina para enfermos. ¿Quién necesita eso? ¿Dónde está el maldito café? Busca en la alacena, en los cajones, en el bote de basura. Nada, un raptó de optimismo le ha bastado para expulsarlo de su vida, así, sin más. Le da pereza salir a comprar un paquete. Si por lo menos estuviese en Metier & Co., al menos estaría ocupado en algo, la cafetera estaría a unos pocos pasos de distancia,

bromearía con Néstor un rato, cambiarían impresiones sobre el juego del domingo, en fin, habría con quién conversar. ¿Y ahora qué? ¿Cuándo se dignaría el señor cara de sapo a pagarle su despido? Si al menos tuviese algo de dinero en el bolsillo, llamaría a Nicole o a Laura, un encuentro discreto, media hora, en cualquier caso él no es de los que pueden pasársela horas y horas bombeando, no le interesa hacerlo, no, es entrar y salir, entrar y salir, las veces que sea necesario, no más, ni una sola más, entrar y salir hasta que lleguen las mil hormigas y adiós, adiós mi reina, hasta el próximo aguinaldo, aquí está tu parte. ¿Pero dónde están los malditos cigarros? Bah, se han ido junto con el café. Qué hacer, qué hacer, qué hacer. Demasiado tiempo para tan pocas ideas. Ideas, ideas, ideas. ¿Caminar un rato? ¡Nada de ir hasta ese maldito lugar de maricas! ¡¿A qué?! ¿A ver a esos dos sujetos acabados, haciendo siempre lo mismo? ¿O esa niña de 20 años con ínfulas de matriarca sabelotodo? A la mierda con todo. ¡A la mierda con el té y con el señor cara de sapo! ¡Y con Carmen y con el tipo del diario y con los estúpidos amigos que sólo hablan de sus estúpidos hijos y nunca están! ¡A la mierda con la mujer detrás de la ventana! ¡A la mierda con todo y con todos! ¡Se pueden ir todos a la mierda, ¿ME OYEN?! ¡TODOS A LA MIERDA!

Media hora después, Héctor camina hacia el salón de té, intentando desandar los pasos dados la noche anterior. Inútil, no sabe cómo llegar. A esta altura ya no tiene caso rebelarse contra la idea de que las piernas sean las que lo guíen a uno. Querer *ver* el camino parece ser exactamente la pretensión que impide dar con él. Regresa a casa, se disfraza de ciego, sale a la calle. Ha vuelto a fumar. Le conforta volver a sentir el tabaco en el paladar. Fuma, aguarda, agita el bastón, se siente idiota, pero a esto último ya está acostumbrado.

—¿Adónde quiere ir, señor? —oye que le pregunta una voz jovial.

—Al salón de té —repite Héctor.

—Muy bien, lo acompañaré.

—¿Cómo sabe usted hacia qué salón de té deseo ir?

—No lo sé. Yo sólo lo acompaño para que no le pase nada malo. Es usted el que sabe cómo llegar, ¿o no?

—Bueno, supongo que sí.

Caminan sin decir palabra un tiempo que a Héctor le parece la eternidad misma.

—Oiga —dice el acompañante—. ¿Tiene usted alguna idea de hacia dónde vamos?

—Ya le he dicho: al salón de té.

—No he visto ningún salón de té. Además, si no es indiscreto, ¿esos no son lugares para mujeres?

—Al que suelo ir vamos sólo hombres. Tres hombres.

—Ah, ya veo —dice el otro, con una nota de escepticismo—. Oiga, no se lo tome a mal, pero yo prefiero a las mujeres. Le aviso por si me ha malinterpretado.

—¡Pero qué! —Héctor se quita los lentes y la venda. Lo mira colérico a los ojos. Un muchacho joven, con aire desenfadado, dos aros en la oreja izquierda y un clavo atravesado en la ceja—. ¿Qué se piensa usted, eh? Soy bien macho, para que sepa.

—Y bien mentiroso —contesta el muchacho, divertido—. ¿Qué es todo este teatro de hacerse pasar por ciego? —No puede evitar reírse. Le divierte el tipo gordo disfrazado de ciego—. ¿Qué está buscando, eh? Ah, ya veo, quiere abusar de jóvenes como yo. Piensa que no estamos lo suficientemente despiertos como para darnos cuenta de su trampa, ¿no es así?

—Sabé qué: váyase a la mierda usted también. ¡Usted y todos los demás! —vocifera Héctor.

El muchacho se echa a reír a carcajadas.

—¿Qué le pasa? Vaya, váyase de una vez, vuele, aire, aire —agita la mano como si espantara una mosca—, no quiero verlo cerca de mí. —Lo ve irse, caminando desgarbado hacia atrás, sin sacarle los ojos de encima, tomándose el estómago con una mano y señalándolo con la otra, mientras se retuerce de la risa. Escucha que el muchacho alcanza a gritarle entre risas: “¡Gordo putooo!”, hasta que se pierde de vista.

Héctor decide volver a casa. No sabe siquiera dónde diablos está ahora. Empieza a caminar, total, no tiene nada mejor que hacer. Dobla la esquina, enciende otro cigarrillo, bufa, camina. Ve que dos oficiales de policía, unos 30 metros adelante, lo miran con severidad, cuchichean, vuelven a mirarlo. Héctor decide no hacer caso, continúa caminando hacia ellos. La expresión de los hombres se endurece, hasta que uno de ellos grita: “¡Es él! ¡El perverso que se hace pasar por ciego!”. Dios santo, esto no puede estar sucediendo. Héctor se echa a correr desesperadamente, cruza la calle, escucha que a sus espaldas gritan “¡Alto!”, pero continúa corriendo, “Correr, sólo correr”, dobla una esquina, elude un perro, dobla otra esquina, siente que sus fuerzas van menguando, cuando al fin ve una puerta abierta y se abalanza hacia adentro. Respira con agitación, no quiere abrir los ojos, no quiere mirar si ya le han dado alcance. Entonces escucha que le dicen:

—¡Héctor!

Es la voz de Carmen. Esta vez hasta parece haber una nota de emoción imprevista, un desliz en su libreto imperturbable. Héctor trata de recuperar aire, resuella, resopla, rebuzna, se arrastra hasta Carmen, le toma los tobillos, suplica:

—Por favor, Carmen, me persigue la Policía. No deje que me encuentren.

—¡La Policía! —exclama Carmen, divertida—. No se preocupe, usted sólo siéntese en su mesa, como siempre. Ya mismo le traeré su taza de té. Nadie lo molestará aquí.

—Ay, Carmen, ¿cuántas veces más será usted mi salvadora? —le pregunta todavía en el suelo.

—Las veces que sea necesario —contesta Carmen, con esa eficiencia maquina, que ahora Héctor agradece tener de su lado.

El hombre del periódico (¿leerá siempre la misma edición o comprará cada día otra?) lo mira con desaprobación. El que fuma contra la ventana, lo escruta y niega con la cabeza. Héctor prefiere desentenderse de los hombres, camina hasta su mesa sin mirarlos. Enciende otro cigarrillo, echa humo por la boca, una, dos veces, y de golpe, sin previo aviso, vuelve a tener un acceso de náusea, y comienza a dar arcadas, como un pescado boqueando en la orilla del asco. Los otros dos hombres se miran, cambian gestos de denuedo. Al fin llega Carmen, la de ojos de ardilla, la joven, la vieja, la sonriente, la puta, la eficiente, la salvadora.

—Tenga —dice, apoyando la taza de té sobre la mesa—. Aquí está su té con leche.

—Gracias —asiente él, agotado, sudoroso, patético.

—No debería usted dudar, ¿sabe? —se permite aconsejarle Carmen.

Héctor acusa las palabras. Siente que ha sido desnudado, casi herido.

—¿Dudar? ¿Yo? ¿Dudar de qué? —replica con suficiencia.

—Ya sabe, dudar. Nada puede ser tan terrible si usted confía en sí mismo. Las calamidades llegan cuando uno se traiciona. Seguro que hoy fue un día de muchas dudas para usted. De otro modo no habría llegado hasta aquí como un fugitivo asustado. ¿De quién escapa, Héctor?

Y Héctor ya se apresta a responder con un titubeo, cuando Carmen lo detiene con un gesto:

—Shh, eso es algo que tiene que contestárselo a usted mismo, no a mí. Yo soy sólo una mujer que sirve té.

Héctor le sonríe avergonzado. Se siente un niño ante ella, él que tiene 41 años, él que la dobla en número de arrugas.

—Usted no es tan mala, después de todo —alcanza a decir, sin mirarla.

—Yo no soy buena ni mala. Yo sólo cumplo con mi deber.

La respuesta parece hecha a medida para Carmen.

—¿Cuál es su deber?

—Ya se lo he dicho: servir té a quien lo necesita.

—¿Quién lo necesita?

—Usted. Ahora deje ya de hacer tantas preguntas y beba; se enfría.

—Sí, tiene razón —dice Héctor y se lleva la taza a los labios.

Sabe bien, no como aquél, pero al menos ya puede discriminar las distintas notas de la infusión. Trata de serenarse, de concentrar todo su pensamiento en el té, pero una pregunta se le impone, aunque quiera desatenderla, aunque quiera reducir el mundo a una indubitable taza de té con leche, eso es, no dudar, no dudar, beber, serenarse, pero la pregunta sigue allí, golpea las puertas de su conciencia y al fin le hace alzar la vista y mirar hacia la ventana circular: nada. Nada. Era de esperarse. Luego mira al hombre que fuma contra la ventana. ¿Será un autómatas? ¿Una máquina de fumar y mirar por la ventana? El hombre del periódico se mesa el bigote y lee, pero a los pocos segundos de estar siendo observado por Héctor, abandona la lectura y enseña sus ojos. Aprieta una sonrisa, levanta las cejas. Héctor devuelve el gesto. El otro hombre, satisfecho de haber manifestado su conciencia de estar siendo observado, regresa la vista al periódico. Héctor vacía la taza de un sorbo. Se siente mejor. De golpe lo embarga el deseo de socializar, de hablar con alguien.

—¡Carmen! —la llama y la ve venir, cordial y ligera, como siempre.

—¿Otro té?

—No, no. Acérquese un poco, por favor —susurra en voz baja. Carmen se inclina, curiosa, divertida, se recoge el cabello detrás de la oreja, presta a escuchar. Tiene una oreja adorable—. Oiga —musita Héctor—, ¿qué hay con estos dos tipos, eh? —le dice en tono cómplice y enseguida ve que Carmen se aleja y lo mira como si aquellas palabras la hubiesen desilusionado.

—¿Qué? —se defiende él—. ¿Es una pregunta tan fuera de lugar?

Carmen acerca su boca al oído de Héctor:

—Esos hombres son buenos hombres, eso es todo lo que usted tiene que saber —le dice en secreto, y Héctor siente cómo cada sílaba acaricia su oído, y cierra los ojos, sin importarle qué sea lo que hayan querido decir aquellos sonidos.

—No se detenga, Carmen, dígame más, su voz es tan bella...

Pero Carmen se incorpora.

—Yo no soy mujer para usted. No se confunda conmigo. Tampoco mi hermana, aunque usted crea amarla, o aunque pueda haber sentido algo extraordinario el otro día, cuando la vio detrás del vidrio. Ella no debería haberlo mirado. Fue por eso que la regañé. Y es lo último que escuchará de mi boca. Ya he dicho demasiado. Lo único que usted debe saber es que éste es un salón de té, no un lugar donde los hombres vienen a conocer mujeres. Métaselo en sus mientes y deje ya de hacerse tantas preguntas. Las preguntas sólo conducen a nuevas preguntas. ¿Quiere pasarse la vida en un laberinto? Hágalo. Entre más preguntas se

haga, más intrincado será el laberinto. A este salón de té no se llega preguntando; se llega dejándose guiar. Piense en eso.

—Espere, espere Carmen, no se vaya —dice Héctor perplejo y la toma del brazo. Carmen se libera con desdén.

—No más preguntas. ¿Entendido? No quiero una sola pregunta más —le impreca ella.

—¿Qué es este lugar?

—Ya le dije, no más preguntas. Todo lo que necesita saber está en su corazón, no en mis palabras. Si desea otra taza de té, se la traigo con mucho gusto.

—No, gracias —contesta Héctor entre dientes—. Bueno, sí.

—Bien —dice Carmen fastidiada y se voltea.

Héctor, aturdido, la ve caminar hacia el mostrador. Ve la puerta blanca abrirse, ve una parte de la cocina, ve a Carmen desaparecer tras la puerta. Se escuchan ruidos de vajilla y voces de mujeres. Parece haber agitación en la cocina. Héctor está tentado de acercarse hasta el mostrador a echar un ojo. El hombre del periódico se ha volteado a mirar; su habitual mansedumbre parece perturbada por la curiosidad.

—Ey, chsst, oiga —lo llama Héctor.

El hombre del periódico contesta alzando las cejas.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Pelea de hermanas.

—¿Son dos hermanas?

—Tres.

—No conozco a la tercera.

Algo parece haberse roto en la cocina, se oye como si se hubiese desbarrancado una vajilla completa. El hombre del periódico luce preocupado.

—¿A qué se dedica, usted? —le pregunta Héctor, tratando de atraer su atención.

—A leer el periódico —contesta sin mirarlo, atento a la puerta blanca.

—No me refería a eso. ¿Cómo se gana la vida?

El hombre no responde; parece estar seriamente afectado por lo que pueda estar sucediendo en la cocina.

—Bueno, es igual, a quién le importa —dice Héctor, como para sí. Pero entonces el hombre se digna a mirarlo. Lo estudia un instante y al cabo responde:

—Ya no trabajo. Hace algunos años que abandoné mis ocupaciones.

—Ah... ¿Y el señor de allí, el que fuma contra la ventana? ¿Quién es?

—Es mi mejor amigo —responde el hombre del periódico y aprieta una sonrisa desafiante.

—¿Su mejor amigo? ¡Pero si ni siquiera se miran! Nunca los he visto cambiar una sola palabra.

—Por eso es mi mejor amigo. No sabe lo mucho que mejoran las relaciones cuando se vuelven silenciosas —dice, intentando persuadirlo de abandonar la conversación—. Toda esta hojarasca de las palabras no hace sino confundir a las personas. La gente dice tantas imbecilidades. En lugar de haber escuela primaria, deberían llevar a los niños a las montañas, a que guarden silencio, observen y aprendan. La verdad es que no hay demasiado que decir. Lo que vale la pena, nunca puede decirse.

—Y su mejor amigo, ¿a qué se dedicaba antes de fumar?

—Fue poeta —declara entusiasta—. Aún lo es. El mejor poeta que jamás conocí. Un talento extraordinario. Dijo todo lo que vale la pena ser dicho en un solo libro de cinco páginas. Trabajó cuarenta años en ese libro. Después dejó de hablar. Si usted continúa viniendo aquí y es observador, pronto comprenderá que lo mejor es llamarse al silencio. Observar, aprender, eso es todo. En fin, creo que ya he hablado demasiado por hoy, señor. Si me disculpa, aún no he leído la página deportiva.

—Espere, espere. Necesito que me ayude. Necesito saber qué es este lugar. ¿Qué sucede aquí? ¿Por qué nunca consigo venir de un modo normal? ¿Por qué nunca consigo recordar el camino y llego de los modos más inesperados?

El hombre del periódico da un respiro, estudia nuevamente a Héctor, madura su respuesta. Al final, dice:

—Una de las primeras cosas que uno aprende guardando silencio es a discriminar el tipo de preguntas que importan del tipo de preguntas que sólo generan confusión. Su pregunta es del segundo tipo.

—¿Usted no se pregunta qué es este lugar? —replica Héctor, tratando de provocarlo—. ¿Le parece un salón de té ordinario?

—Claro que no. Pero la pregunta indicada no es qué es este lugar, sino por qué está usted en este lugar. ¿Acaso lo sabe, sabe por qué está usted aquí?

—Supongo que por curiosidad.

—Entonces ya puede ir yéndose. Hay muchos lugares mejores para curiosear.

—¿Pero no dice usted que viene, observa y aprende?

—Sí.

—¿Y no lo hace por curiosidad?

—No.

—¿Por qué lo hace, entonces?

—Para conocerme y así conocer el mundo.

—¿Y no es eso curiosidad?

—No. Es amor al conocimiento. De todos modos, usted no viene aquí por mera curiosidad.

—¿Ah no?

—No. Usted viene aquí por amor a una mujer. ¿Me equivoco?

¿Qué diablos pasa hoy? ¿Es que todo el mundo se ha conjurado para hacerle sentir desnudo e imbécil?

—No se equivoca —contesta Héctor ruborizado.

—Pierda las esperanzas, amigo. También yo comencé a venir por amor a una mujer; no a la que usted ama, tampoco a Carmen: a la tercera hermana, a Lucía.

—Lucía... ¿Y cómo se llama la que trabaja en la cocina, la que busco?

—Ámbar. Se llama Ámbar.

—¿Dice usted que no la volveré a ver?

—Yo no he conseguido volver a ver a Lucía desde aquel día.

—¿Qué está pasando allí dentro, eh? —dice Héctor mirando hacia la cocina—. Hay mucho ruido.

—Sí, es extraño. Aquí siempre ha imperado el silencio. Seguramente Lázaro está perturbado. Detesta el ruido. Mírelo, ni siquiera se ha volteado a ver qué sucede.

—¿Lázaro es su amigo poeta?

—Sí.

—¿Y por qué dice que nos será imposible volver a ver a las mujeres que nos han cautivado?

—Ésa sí es una buena pregunta, ¿lo ve? En parte estoy aquí para saberlo.

—Imagino que habrá intentado hacer algo al respecto.

—Oh, sí. Pero hace ya mucho de eso. Fisgoneaba por la ventanita, tal y como usted ha hecho. Nunca conseguí ver un sólo rastro de ella.

—¿Qué sucedió aquel día? ¿Cómo se enamoró de ella?

El hombre sonrió, sus ojos se extraviaron un instante, entre taciturnos y soñadores.

—Carmen tiene razón: usted hace demasiadas preguntas.

—Por algún lugar debo comenzar. Cuénteme, cuénteme su historia.

—¿Por qué habría de hacerlo? Llevo años viniendo aquí cada tarde, observando, aprendiendo. Usted apenas conoce este lugar y ya quiere saberlo todo.

—Ah, ya veo —dice Héctor y lo mira de arriba abajo—. Usted es de los que se guardan lo que saben, ¿no? Y a eso le llama amor al conocimiento...

—No es eso, amigo. Es sólo que cada cual es el mejor maestro de sí mismo.

—¿Qué sucedió el día que vine a parar aquí? —ametralla Héctor.

—¿Es que no va a detenerse jamás?

—Estoy preguntando por mi experiencia. Estoy preguntando a un testigo sobre algo que me concierne. ¿Acaso no tengo derecho?

—Madre santa —suspira el hombre del periódico y comienza a rascarse frenéticamente la cabeza—. No se supone que yo le cuente eso, ¿sabe? Si Carmen nos viera, eso significaría nuestra inmediata expulsión del salón. Nunca más podríamos entrar aquí. Piense en esto: si ahora son escasas las posibilidades que tiene de reencontrar a Ámbar, una vez expulsado serán nulas.

—¡Pero qué diablos sucede aquí! —grita Héctor. El hombre que fuma contra la ventana, se voltea, lo desprecia, vuelve a mirar hacia la ventana—. ¿Qué les pasa a ustedes dos, eh? —dice desafiante y enciende otro cigarrillo—. ¡Le temen a esa mujer como si fuese la mismísima muerte! Esto es absurdo, ¡absurdo! Allá ustedes, si quieren permanecer ignorantes. Yo voy a la cocina a ver qué sucede —dice resueltamente, se incorpora y da unos pasos, cuando escucha que el hombre del periódico le ordena:

—¡No lo haga!

—¿Por qué no, eh? Déme una razón y me detendré.

—Por respeto, muchacho. Ésta no es su casa, no es siquiera un lugar ordinario, usted lo sabe.

—Ésa no es una razón; es una excusa de alguien que no se anima a ir en busca de su destino.

—¡Muchacho, deténgase! —vuelve a ordenarle, ahora incorporándose él mismo, resuelto a detenerlo—. No voy a escatimar recursos para impedirle que siga avanzando, ¿me oye? Si tengo que dar mi vida la daré. ¿Está usted dispuesto a dar la suya?

El desafío petrifica a Héctor. Siente un ligero estremecimiento correrle por la espalda: nunca ha sido retado a un combate a muerte. Evalúa la complexión de su oponente. Es algo más viejo, no mucho, pero sí bastante enjuto. Podría vencerlo sin problemas. Pero no está dispuesto a dar la vida.

—Hagamos un trato —propone—. Yo me regreso a mi asiento y, a cambio, usted me cuenta qué vio el día que llegué aquí. Me cuenta todo, todo lo que vio, y se somete a responder a todas las preguntas que yo le haga.

—¡¿Pero es que no lo entiende?! —casi suplica el hombre del periódico—. Si Carmen nos descubre será el fin de este lugar para usted y para mí.

—Usted elige: o asume ese riesgo, o asume el riesgo de una pelea a muerte. Antes de escoger esto último debería pensar que todas las chances están en su contra. ¿Cree que puede vencerme? Inténtelo, pero tenga esto presente: aun si me vence, Carmen no consentirá ver su salón de té hecho un coliseo. Usted podrá explicarle y suplicarle, podrá decirle que actuó para defender quién

sabe qué misterioso secreto. Todas las razones que pueda dar serán insuficientes. Y usted lo sabe.

El hombre se deja caer sobre su silla, vencido. Se refriega el rostro, suspira, exhala, al fin dice sin mirarlo:

—Está bien, siéntese en su lugar. Si viene Carmen, yo me regreso al periódico y usted hace como si no hubiese sucedido nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El poeta Lázaro mira a su amigo con ojos suplicantes, desesperados, niega con la cabeza.

—Lo siento, Lázaro, ya sabíamos que algún día podría suceder.

—¡Basta de escenas sentimentales! —ordena Héctor. Se siente bien tener autoridad—. ¡A los hechos! Lo escucho. ¿Qué sucedió?

—Que Dios me perdone —dice el hombre con el rostro desencajado; pareciera como si estuviese a punto de echarse a llorar. Respira, junta fuerzas y al cabo comienza a decir—: Aquel día usted se desplomó en la misma silla en la que se halla ahora. Años antes, llegué yo y me desplomé, sintiéndome morir, sobre esta misma silla. Y antes, todavía, vino a dar aquí Lázaro, hecho un harapo, y fue conducido hacia la silla donde ahora fuma y mira por la ventana. Todos los que hemos llegado aquí estuvimos en la misma situación. A todos nos fue servido un té excelso, que nos devolvió algo que habíamos extraviado. A Lázaro, la poesía, y con ella el silencio; a mí, el amor al conocimiento, a usted, por lo que pude ver, el placer.

—¿Por qué lo dice? —interroga Héctor con dureza—. ¿Qué pudo ver?

—Lo vi sorber esa taza como si quisiera devorarse la vida misma. Parecía como si usted no hubiese tenido un instante de placer en mucho tiempo, y, al final, cuando acabó con la última gota, rugió y tembló, y se frotó su propio cuerpo, como si lo descubriera por primera vez. Al parecer, traía usted un largo abandono. Bastaba con mirarlo, un hombre de su edad, tan obeso, tan desalineado. Debe haber sufrido mucho para dejarse caer tanto.

—Continúe.

—No tengo mucho más qué decir, eso es lo que vi.

—No le creo, eso no puede ser un secreto tan celoso. Dígame qué más vio. Sé que después de beber el té, vi por primera y última vez a Ámbar. ¿A usted le sucedió lo mismo?

—Casi... Según me ha dicho Lázaro, una vez que acabé de beber el té, me prosterné en este mismo suelo y pronuncié en voz baja una oración en una lengua extraña. Nunca pude recuperar aquellas palabras. Lázaro sospecha que pertenecen a una lengua muerta.

—¿Y qué le ocurrió a Lázaro?

—No lo sé, él me antecedió. Yo le había perdido el rastro y lo reencontré aquí, después de muchos años. Ya no hablaba, pero pude entender lo que le había sucedido. Sin embargo, nunca supe exactamente qué fue lo que experimentó al beber el té.

—Cuénteme de Lucía.

—Ése no era el trato, muchacho. Ya he hablado demasiado de otros.

—Cuénteme de Ámbar. ¿Qué vio entre ella y yo aquel día?

—Ah, fue tan hermoso —dijo el hombre como en un ensueño—. Tan, tan hermoso. Y tan trágico a la vez. ¿Acaso no supo usted desde aquel instante que ya nunca la vería?

—¡Sí! ¿Cómo sabe usted eso?

—Porque también yo supe que ya no vería a Lucía. Las dos mujeres cometieron el mismo error: salieron a mirar lo que nos sucedía al beber el té. No se supone que ellas atestigüen ese episodio. Sólo Carmen puede hacerlo, y no estoy seguro de que siempre haya tenido ese derecho.

—¿Por qué no? ¿Por qué no pueden mirar?

—Realmente no lo sé. Pero piense un poco. Considere lo que le ha dicho Carmen. Yo lo escuché con perfecta nitidez. Le dijo algo así como: “Ni yo ni mi hermana somos mujeres para usted”, ¿lo recuerda?

—Sí, pero no entiendo por qué.

—Sepa Dios... Si quiere saber lo que pienso, a mí me parece que cualquiera que hubiese sido la mujer que se hubiera atravesado en aquel momento, en el preciso instante de haber acabado de beber el té, que esa mujer habría sido invariablemente objeto de amor.

—¿Eso cree?

—Sí.

—¿Y por qué nadie se enamora de Carmen?

—¿Nadie? Lázaro lleva años enamorado de ella. Ya ve, también ella cometió alguna vez el error de sus dos hermanas. Tal vez por eso las haya reprendido con tanta severidad. Pero en cuanto a Lázaro, él ha aceptado su destino. Le basta con que Carmen le traiga su taza de té, cada día, con tal de que él no la mire. Eso y sus cigarros, y el silencio, eso es todo lo que precisa Lázaro.

Héctor considera lo que acaba de escuchar. Siente que algo no funciona. No le parece sensato que aquel arrobamiento hubiera sido posible con cualquier otra mujer, como si en nada contara la individualidad de Ámbar, como si ella hubiese sido una contingencia, un accidente.

—Me cuesta imaginar —confiesa— que podría haber sentido lo mismo por otra mujer, por el sólo hecho de que se hubiese atravesado en aquel momento.

—No le pido que lo crea. Es lo que yo creo.

—Oiga, ¿y nunca vienen mujeres a este lugar?

—Yo no he visto a ninguna —dice el hombre y echa un vistazo hacia la puerta blanca.

—Y otros hombres, ¿no vienen otros hombres jamás?

—Seguramente nos han precedido otros muchos, pero no sé cuántos ni cuándo, ni cómo lucía este sitio, ni quiénes lo atendían. Oiga, me parece que allí dentro se han serenado las aguas. Carmen debe estar por salir. Le sugiero que por hoy ya no hablemos, ¿le parece? —sugiere, mirando nuevamente hacia la puerta, algo preocupado.

—De acuerdo.

El hombre vuelve a internarse en su lectura, Héctor enciende otro cigarrillo. Está lleno de preguntas, pero prefiere reservarlas. Por hoy ha sido suficiente. Carmen no tardará en salir. Es raro que se haya demorado tanto allí dentro.

La puerta se abre unos cuantos minutos más tarde (Héctor: “Debería haber preguntado más”) y Carmen avanza, como si nada hubiese sucedido, los mismos ojos de ardilla, la misma expresión autosuficiente, el mismo andar orondo. Todo le parece a Héctor una gran burla, un teatro absurdo montado con tres personajes excéntricos y pusilánimes, con el único propósito de entretener a algún genio maligno, o a Carmen, o a alguien allí en la cocina, quién sabe. ¿Acaso no está uno en su derecho de saber qué sucede, dónde está? ¿Cómo esos dos pueden pasársela tan campantes, sabiendo que basta con dar unos pocos pasos para descubrir el secreto? Pero al parecer él ha sido el único descubierto, porque esta vez Carmen camina hacia su mesa con un aire severo; sus ojos de ardilla refulgen algo que duele ver, que casi enceguece, algo que hace temblar.

—¿Está a gusto, Héctor? —escucha que le pregunta Carmen; no se atreve a mirarla.

—Sí, sí —contesta él nerviosamente.

—¿Ha pensado en lo que le he dicho? —Parece como si le hubiera leído los pensamientos, como si supiese de sus dudas, de su desconfianza hacia ella y hacia el lugar.

—¿Perdón? —pregunta Héctor para ganar tiempo, vieja artimaña aprendida en Metier & Co.

—Veo que no —dice ella, la voz pétrea. Guarda silencio un instante y luego declara—: No estoy segura de que sea conveniente su presencia en este lugar.

Héctor queda aturdido con lo que acaba de escuchar. No pensó que hubiese obrado tan mal. Sólo quería saber, sólo eso, saber. ¿Es tan malo querer saber?

—¿Por qué no? —inquire con un resto de dignidad.

—Usted sabe por qué no.

Un silencio incómodo se instala entre ambos. Carmen no le quita los ojos fulgentes de encima; él los evita, pero aún así siente el poder que ejercen sobre él, como si lo conminaran a ovillarse.

—¿Me está echando? —pregunta Héctor y en ese instante se da cuenta de que él y sólo él ha sido el responsable de haber llegado a esta situación. Podría haberse pasado allí las tardes, beber té, observar, aprender, como había dicho el otro hombre. Podría haber permanecido allí con la esperanza de que el vidrio de la puerta se llenara de nuevo con el rostro de Ámbar. Pero no, lo estaban echando, y esta vez no era el señor cara de sapo, nadie cometía ahora ninguna injusticia en su contra. Debía aceptarlo, estaba bien que lo echaran. Desde su llegada, no había hecho otra cosa que perturbar la paz del lugar. Pero entonces escucha una respuesta menos implacable de la que habría imaginado. Le oye a Carmen decir, firme pero ya no tan áspera:

—Sólo le estoy advirtiéndole sobre las reglas de la casa.

—Entiendo, tiene usted razón —se apura a decir Héctor y alza la vista hacia los ojos de ardilla, pero aún queman.

—¿Otra taza de té?

—No gracias. En realidad ya debo irme.

—De acuerdo.

Carmen vuelve al mostrador y Héctor suspira de alivio. Realmente lo mejor será irse a casa. ¿Cómo será esta vez el regreso? ¿Un ir a tientas entre la bruma? ¿Un mocoso que lo denunciará a la Policía? Ni siquiera tiene ya los lentes oscuros. Debe haberlos perdido durante la huida. Como sea, de una u otra manera llegará. Y esos dos, ¿vivirán en el salón de té? ¿Dormirán? Basta de preguntas, es hora de pagar.

—Oiga, Carmen —grita hasta el mostrador—. ¿Cuánto le debo?

—Ya le llevo su cuenta, señor —contesta Carmen.

Para sorpresa de Héctor, el mostrador no es sólo el lugar donde Carmen se sienta a tornerse el cabello. De un pequeño armario, la mujer extrae una vieja caja registradora, un bloc y una pluma, y dispone todo para comenzar a hacer la facturación. Casi es un alivio para Héctor comprobar que aquel lugar acusa al menos alguna semejanza con un local comercial cualquiera. Además, mejor pagar.

—Aquí tiene —dice Carmen extendiéndole un estuche de cuero de esos que a veces utilizan los restaurantes para evitar que los otros comensales conozcan el detalle de la cuenta.

El estuche es tan increíblemente normal, tan ordinario, que Héctor casi no puede creerlo. Presume que semejante vulgaridad habrá de ser compensada de alguna manera, una vez abierto el estuche. Pero no. Tanto por dentro como por fuera es un simple estuche, sin sorpresas, sin color limón ni enigmas retorcidos, un simple estuche con una factura dentro, sujeta por una pequeña solapa. ¡Y la factura! ¡Es la cosa más vulgar que se haya visto jamás! No es sólo que no es siquiera una factura: ¡es un maldito papel de libreta de cinco pesos, doblado al medio! Héctor no puede contener la risa que le causa un descuido tan insólito. Ríe y ríe, y mira el papelucho doblado al medio, se golpea la frente con la palma de la mano y vuelve a reír, y, por supuesto, una vez más todos lo miran con desaprobación, sobre todo Lázaro, allí contra la ventana, pero Héctor no puede detenerse, él, justo él que ha visto desfilar millones de facturas ante sus ojos, no puede creer que todo ese profesionalismo acabe finalmente revelándose una mera improvisación, y esto le hace reírse aún más, reírse hasta las lágrimas, reírse hasta que escucha a Carmen, que se ha llegado hasta su costado, decirle:

—¿Por qué mejor no paga y se va a casa?

Entonces Héctor recupera la compostura, no sin soltar todavía un par de risitas, y extrae el papel. Lo desdobla con cuidado. No hay nada, ni un solo número, ni una sola letra, apenas una hoja de libreta en blanco.

Carmen se echa a reír, y también el señor del periódico y hasta Lázaro ríe, un coro de risas todo alrededor, risas explosivas, risas contagiosas, cómplices risas que se encaraman unas sobre otras, risas en escalera, rascacielos de risas incontenibles, que acaban haciendo que el propio Héctor empiece a reír a su vez. Pero entonces todos los demás callan al unísono, lo escudriñan fijamente: Héctor queda en silencio, con una mueca tetánica y ridícula colgándole en la cara.

—Mejor me voy, Carmen —dice y se incorpora de su asiento.

Saluda con un gesto al hombre del periódico, enfila hacia el estrecho pasillo que da a la calle, intentando adivinar si afuera trueno o nieva o qué sucede, cuando la puerta de entrada se abre estrepitosamente, dejando ingresar una ráfaga inverosímil de viento polar que vomita hacia adentro a un tipo de aspecto lamentable. El tipo viene a dar a los pies de Héctor. Apenas si puede arrastrarse un centímetro antes de caer fulminado. Héctor permanece mirándolo, desorbitado, pétreo, incapaz de reaccionar. Carmen lo hace a un lado, se arrodilla y lo toma de las axilas.

—¡Otro! —grita, mira a Héctor y con un gesto le indica que la ayude a cargar al hombre. Héctor obedece. La escucha decir, como para sus adentros—: ¿Cómo es posible otro?

Juntos lo arrastran hasta una mesa y lo acomodan como pueden sobre una silla.

El hombre tiembla, boquea, todo en él parece desencajado, a destiempo y fuera de lugar. Carmen lo arrulla, le susurra algo al oído. Los tres hombres cambian miradas. Héctor se emociona, comprende, vuelve a su silla, y de golpe un chillido espeluznante desgarrar el aire, y luego otro, y otro; no parece haber fuerza humana capaz de proferir una sucesión de horrores tan intensos.

—Shh, tranquilo, Ernesto, tranquilo. Es sólo un momento, ya pasa, ya pasa. —Lo acaricia, lo contiene, y lentamente el cuerpo deja de trepidar, se serena y es como si la calma hubiese regresado, no sólo al tal Ernesto, sino a todos los que están allí. Se escuchan suspiros de alivio aquí y allá.

—Le traeré una taza de té —dice amorosamente Carmen, cubriendo con sus largas manos las mejillas pálidas del pobre diablo.

Éste es otro cuarentón, como todos los demás allí, años más, años menos. Es delgado, quizá demasiado delgado, casi seco de carnes. Tiene los ojos aguados inyectados en sangre, el cabello entrecano y revuelto, las orejas azuladas. De no ser por el aspecto andrajoso que trae y la lividez de su rostro, se diría que es un hombre apuesto.

Héctor, que ha presenciado todo apenas a unos metros de distancia, apenas a unos días de haber pasado él mismo por algo semejante, se da cuenta de que aquello no fue un desmayo: fue la muerte misma asomando el hocico. Mira hacia la puerta blanca; Carmen ha salido con la taza de té y pasa de largo hasta la mesa donde Ernesto vegeta.

—Tome, beba. Le hará bien.

El sujeto apenas si puede moverse. No consigue siquiera mover un brazo. Se está yendo.

—¡Carmen! Se muere, ¡ayúdelo, por el amor de Dios! —grita Héctor.

—No puedo —responde Carmen, sin quitar los ojos del pobre diablo—. Él debe hacerlo por sí mismo.

Lázaro fuma y mira. El hombre del periódico se lamenta en silencio. Sí, se está muriendo.

—¿Alguna vez alguien se ha muerto aquí? —pregunta Héctor desesperado, y quiere incorporarse de su silla, hacer algo, pero las piernas no le responden.

—No, nadie —dice Carmen y se echa a llorar desconsoladamente, un océano de lágrimas inútiles. Y dice entre sollozos, sin importarle si puede o no revelarlo—: No se suponía que hubiera un cuarto hombre aquí. Es un error, ¡un error!

—Deje que yo muera, Carmen —dice Héctor y esta vez consigue incorporarse—. Mi vida no vale nada. Cambie la vida de este hombre por la mía. Yo sé que usted puede hacerlo. Hágalo, no vacile.

—Es que no puedo, no sé qué hacer —confiesa Carmen. (Es tan hermosa en su fragilidad.)

—Llévele la taza a la boca —sugiere el hombre del periódico. Si él bebe, vivirá, aunque no haya tenido la fuerza como para procurarse por sí mismo la bebida.

—No —se lamenta Carmen—. Ya no vivirá. La leche ya no sirve.

—Consulte con sus hermanas —insiste el hombre del periódico—. Estando aquí, usted no es de ayuda para este hombre. Díganos qué hacer para que no acabe de morir.

—Prepare otro té, Carmen. Con leche nueva —dice Héctor.

—El té es lo de menos. Es sólo para disimular el sabor.

—Entonces una taza de leche, lo que sea, ¡algo!

Carmen mira a Ernesto, que da sus últimos estertores. Se cubre el rostro, gime en voz baja, vuelve a mirarlo.

—No merece morir —se lamenta—. Yo sé cómo salvarlo. Pero entonces ustedes ya no podrán venir más aquí. Ya no habrá salón de té, ni Carmen, ni Ámbar, ni Lucía. Está en sus manos decidir. —Les lanza una mirada desconsolada, como si le diera pena tener que someterlos a esa decisión.

Los hombres se miran perplejos. Animales curiosos los hombres, tan pequeños, tan frágiles.

Lázaro apaga el cigarrillo, se incorpora, avanza resueltamente hasta Carmen. Ya no más miradas esquivas, no más ventanas hacia ningún lugar, no más humo por palabras, no más mentiras.

—Te he amado siempre, Carmen —le dice, mirando los ojos que se ha privado de ver por tanto tiempo—. No te olvidaré.

Y entonces la besa con ardor, y sus manos flacas y huesudas, sus dedos amarillentos de tabaco la recorren de arriba abajo, como si conocieran cada hueso y cada curva, cada hendidura, cada turgencia, cada cosa de la que está hecha Carmen, y Héctor piensa en Ámbar, y el hombre del periódico, en Lucía, pero ambos permanecen sentados, mirando a los otros dos unidos por las bocas, una confusión de cuellos que se lamen, de cuerpos que se embeben, de carnes que se incendian.

Al fin, Lázaro se desprende, vuelve a mirar los ojos flamígeros de Carmen. No volverá a verlos.

—Ya sé todo lo que debo saber —le dice, y aprieta las manos de la mujer por última vez—. No necesito permanecer y mirar.

Ella asiente, le corresponde en el apretón de manos.

—Adiós, querida. Hasta siempre.

Se calza el sombrero, saluda con gravedad a los hombres y sigue andando hasta desaparecer. Los cigarrillos permanecen en la mesa.

El estupor se adueña de todos, menos de Ernesto, que ha dejado de moverse.

—¡Sálvelo, Carmen! —dice el hombre del periódico.

—Sí, sálvelo —apoya Héctor.

Carmen asiente. Se desabrocha los botones de la blusa y acerca el pecho desnudo a la boca del hombre, que parece una montaña de barro resbalando de una silla. Entonces el barro vuelve a cobrar forma, el color regresa a la piel, los ojos aguados pestañean soñolientos y confortados, y Héctor comprende, y también el hombre del periódico. Les basta ver los ojos de Ernesto para darse cuenta de qué él sabe ahora de qué está hecha Carmen, como ellos supieron, desde aquella vivificante taza de té con leche, de qué estaban hechas las otras mujeres, para uno Ámbar, para otro Lucía. Les basta verlo y saber que Ernesto amará a la mujer que lo ha regresado a la vida, como ellos han amado, por la misma razón, a las otras dos, pues es imposible conocer la esencia de algo sin amarlo, ni amarlo sin conocer su esencia. Se miran un instante, vuelven a observar al hombre que bebe del pecho, y sin decirse una palabra, ambos se incorporan a un tiempo y se marchan en silencio, uno detrás del otro.

F

La enfermera es amable. Se llama Amalia. Acaba de ingresar en la habitación número 18, donde Héctor Brentano la aguarda para despedirse. Todavía le duele un poco el pecho, pero ya se siente lo suficientemente fuerte como para aceptar el alta. El bolso está pronto hace horas. Desea llegar a casa.

Amalia se acerca a Héctor con un paquete entre las manos.

—¿Y esto? —pregunta Héctor al recibirlo.

—Un pequeño obsequio —dice Amalia.

—¿Qué es?

—Té. He visto cuánto le gusta.

Héctor la abraza.

—Ha sido usted tan amable conmigo, Amalia —le dice al oído. Está sensible, consecuencia previsible de un infarto.

—Y usted ha sido un paciente muy bueno —le devuelve ella y le toma el rostro con las mejillas—. Cuídese mucho. Todavía es joven. Tiene la vida por delante. No la eche a perder.

—No. Esta vez no.

Se estrechan nuevamente.

—Prometo visitarla un día de éstos —dice él.

—Espero no verlo entrar por la puerta por la que ingresó la última vez.

—También yo. Gracias por cuidarme, Amalia.

—Usted lo merece. Es un buen hombre.

Héctor abandona la habitación, camina por el pasillo, disfruta del silencio. Todavía no desea volver a casa. No sabe bien adónde desea ir. Camina confiado en que las piernas sabrán guiarlo.

El lugar parece infinito, corredores y corredores, todos más o menos iguales, puertas, bancos, puertas, bancos, túnicas blancas, zapatos blancos, y sin embargo, después de caminar un rato, algo cambia: en los asientos ya no se ven rostros atribulados, personas comiéndose las uñas; todos lucen sonrientes, distendidos. Hacia el fondo, a unos pocos metros, hay una puerta blanca, con una ventana circular. Héctor camina hacia allí, traspasa la puerta. Detrás de un vidrio, decenas de mujeres amamantan a sus bebés recién nacidos. Una de ellas lo mira, le sonríe. Tiene ojos melancólicos y una larga cabellera negra, recogida en un moño. Él le devuelve la sonrisa. Hurga en el bolsillo del pantalón, en busca de un papel. Encuentra una hoja de libreta, de esas de cinco pesos, algo arrugada, todavía en blanco. Extrae una pluma del portafolio y escribe, apoyando la hoja en el vidrio, “Gracias”. La da vuelta, para que la mujer la lea. Pero ella parece no alcanzar a ver; el papel es muy pequeño. Frunce los ojos, se echa a reír, hace un gesto curioso, de interrogación. Se la ve tan feliz, con su niño en brazos. “Gracias”, dice él, tratando de articular cada letra y ve que el vidrio se empaña. Ella sigue sin entender, pero no deja de sonreírle. Al fin, él la saluda con la mano, ella asiente, pestañea, tiene las manos ocupadas en el niño.

Decide que es hora de volver a casa. Desanda el camino, sin prisa. Las enfermeras lo saludan al cruzarse con él.

Afuera hace una tarde de sol, sopla una brisa fresca, primaveral. Le gustaría volver a casa caminando, pero sabe que ahora no es aconsejable, su estado de salud aún es delicado. Qué importa, tiene la vida por delante para caminar. Ve que en la esquina de enfrente, unos metros más allá del bar, hay una parada de taxis. Cruza, se detiene a mirar el cielo, tan azul, tan inmenso.

Un hombre le abre la puerta de uno de los taxis que aguardan por pasajeros.

—Gracias —dice Héctor y le extiende unas monedas. Se arrellana en el asiento, baja el vidrio de la ventana, mira hacia el bar. Dos hombres conversan en una mesa. Brindan, gesticulan, se ríen. Son buenos amigos.

Recibido: 2 de octubre de 2005
Aprobado: 7 de diciembre de 2005

Gabriel Schutz (Montevideo) radicado en México, desde 2003, donde cursa el posgrado en filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus publicaciones recientes está *Una noche de luz clara y otros cuentos* (Montevideo, Cauce, 173 pp.), premiado con la Primera Mención del premio Casa de las Américas (La Habana, 2001). Fue profesor titular de Teoría del relato, Semiótica aplicada e impartió talleres de redacción creativa durante cinco años en la Facultad de Comunicación de la Universidad ORT-Uruguay. Ha sido redactor y colaborador en algunos medios de prensa escrita montevideanos (*Tres*, *Latitud 3035*), conductor de radio y productor de televisión. En 2001, se retiró en pareja durante medio año a la Ilha da Boipeba (Bahía-Brasil), pueblo de pescadores de una isla nordestina. “Tea Time” pertenece a su segundo libro de relatos, *Tramas sigilosas*, de inminente publicación en el Uruguay bajo el sello editorial Trilce.